



EL PASAJE DE LOS PANORAMAS

LA INTEGRACIÓN

LUCIANO BIANCIARDI

TRADUCCIÓN DE MIGUEL ROS GONZÁLEZ



errata naturae

PRIMERA EDICIÓN: febrero de 2018
TÍTULO ORIGINAL: *L'Integrazione*



Co-funded by the
Creative Europe Programme
of the European Union

© Giangiaco Feltrinelli Editore, 2014
© de la traducción, Miguel Ros González, 2018
© Errata naturae editores, 2018
C/ Doctor Fourquet, 11
28012 Madrid
info@erratanaturae.com
www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-16544-62-2

DEPÓSITO LEGAL: M-3442-2018

CÓDIGO BIC: FA

DISEÑO DE COLECCIÓN: Julián Rodríguez y Juan Luis López Espada
para Inmedia (Cáceres)

IMAGEN DE PORTADA: Tim Newman / Getty Images

MAQUETACIÓN: Sara Pintado

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial,
siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

Recuerdo que en nuestra ciudad, en cuanto oscurecía, los policías municipales iban a una sala bajo la muralla y sacaban los dos discos rojos de prohibido el tráfico. Ponían uno en Porta Nuova, frente al café de Gorrieri, y otro en la entrada de la plaza de la catedral. Esos doscientos metros de calle mayor se cerraban hasta para las bicicletas, y la gente, tras acabar la jornada laboral y cambiarse de ropa, empezaba a pasear de un lado a otro, un par de horas todas las tardes, sobre todo los mozos y las mozas. Los demás se quedaban a un lado, observando desde la acera. Como Aldo, un amigo nuestro, que todas las tardes quería parar en la tienda de fotografía de su padre, casi a mitad de la calle, para ver a los paseantes, según decía. A esa hora, arriba, en las ventanas del segundo piso, las viudas Marini siempre estaban asomadas. Quién sabe desde cuándo tenían aquella costumbre. Recuerdo que, de niño, estuve en su casa con una tía. A los pies de las ventanas

que daban a la calle mayor había una banqueta, porque las Marini eran bajitas, y en el alféizar un cojín alargado relleno de crin, para los codos. Sobre los brazos cruzados apoyaban su pecho, grande y embozado, como el de todas las viudas, y miraban a la calle, con la cara un poco roja, cuchicheando.

La verdad es que, a mí, estar allí con Aldo viendo a los paseantes no me hacía mucha gracia. Yo añoraba la época, cuyo recuerdo seguía fresco, en que los chicos de la pandilla de Homero éramos dueños de otra zona, pasada Porta Vecchia, entre la plazuela de la Misericordia y la calle dei Barberi, una carretera que salía de la ciudad para perderse a orillas del río, dejando a la izquierda las dos pequeñas villas, rosa y azul. A veces, los de la pandilla de Homero llegábamos hasta el río y nos bañábamos en pelota picada. Luego nos quedábamos tomando el sol en la playita de la otra orilla, o llegábamos gateando hasta el melonar de Bernardo para robar sandías y melones. Sólo había que dejarlos caer por el margen: rodaban solitos hasta el agua y flotaban. Luego, nadando, los empujábamos hasta la otra orilla, donde nos esperaban los más pequeños, Orestino, Gigi Aprili y los demás, dando gritos de alegría. Pero lo que más nos gustaba eran las pedreas contra los tripolinos, unos chicos morenos y desgreñados que vivían al otro lado de la muralla. Por su zona, con el paso del tiempo las rocas se habían desmoronado y se había abierto una brecha, que nosotros defendíamos a pedradas de sus asaltos. Los tripolinos se llamaban así porque el cuartel general de su pandilla estaba en una calle nueva,

que aún no habían balastado y siempre estaba llena de barro: calle Tripoli. Allí vivía gente pobre, parados, mujeres de la calle.

Luego, poco a poco, a medida que la ciudad fue creciendo y dándose importancia, las murallas quedaron prohibidas, prácticamente intransitables para los niños: todos los bastiones (enterrados por el gran duque) se convirtieron en jardines, con pequeños parterres, senderos de grava, fuentecillas y cercados de madera falsa, y ya ni siquiera podíamos tirarnos por las escarpas para jugar al escondite, o a polis y cacos. El jardinero jefe, Burchietti, un hombretón de Montecatini, nos tenía fichados a todos y nos perseguía en bicicleta, amenazándonos siempre con ponernos una multa. A mí me tenía una tirria particular porque yo era hijo de la maestra, y en su opinión debería dar ejemplo a los demás. Para más inri, durante la guerra mi padre había estado con él en el monte Baldo, junto a Riva del Garda. Algunas noches quedaban y, apoyados en la tapia que mira al barrio nuevo, recordaban anécdotas y compañeros. «Estábamos en Bainsizza...», empezaba diciendo siempre mi padre. Y el jardinero jefe Burchietti, que era sargento, asentía con expresión de respeto a las palabras de mi padre, oficial, al tiempo que me fulminaba con la mirada porque, aquel mismo día, los de la pandilla de Homero le habíamos doblado la rama de una encina.

A Marcello y a mí, dos chiquillos, nos daba bastante igual que nuestra madre fuese maestra. A la hora de comer no podíamos estarnos quietos y ser formales, siempre impacientes —mientras nuestra madre acababa de

hacer el puré de verduras, o de quitarle la salsa a la carne—. De la calle llegaba el silbido característico de la pandilla de Homero, y uno de los dos salía escopetado a la ventana a decir que ya bajábamos. Cogíamos una manzana o una naranja del frutero y, con las mismas, nos íbamos a jugar al potro o al pañuelo.

«¡Pero bueno!», decía siempre nuestra madre. «¡Quietos, quietos, un poco de formalidad! ¿Es que os ha dado el baile de san Vito?».

Aún nos lo dice, cuando nos acordamos de coger el tren para ir a verla. Nos repasa con la mirada, sin decir ni mu, cuando encendemos a toda prisa el cigarrillo de después de comer. No desaprueta que fumemos; de hecho, ella también se fuma uno en la sobremesa, pero no le gusta nuestra prisa. Ella busca su paquete con serenidad, saca un cigarrillo, se sienta junto a la ventana, en la silla baja, entorna el postigo, enciende la cerilla contra el hierro de la cocina de leña, espera tranquilamente a que la peste a azufre se disipe, y entonces se enciende el cigarrillo y se queda ahí, tranquila, comedida, en silencio, fumando con un ojo entornado. Y nos mira. «Os ha dado el baile de san Vito». La verdad es que ya no lo dice, pero estoy seguro de que lo piensa, como entonces.

Sin embargo, aquella época pasó rápido, y cuando nos pusieron los pantalones largos —catorce años ya, y Marcello dieciséis— empezamos a pasar las tardes en la calle mayor, viendo a los paseantes, como hacían los mayores, los jóvenes que ya llevaban camisa azul y corbata clara, y zapatos blancos y negros. Apostados en una esquina,

en grupo, silbaban «Ramona» mientras escudriñaban, con ojos de vendedores de caballos, las patas y lomos de las chicas. Creo que esperaban con ansias la primavera sólo para eso, para ver qué había madurado en los meses fríos bajo los abrigos. Acercarse a una chica en la calle mayor, conocerla y pasear con ella no quería decir nada; otra cosa bien distinta era que la pareja se escabuliese hacia el arco de la muralla. Porque si de día las murallas eran territorio de los niños pequeños, que jugaban con las canicas, la grava y el agua de la fuentecilla, ir con una chica cuando ya estaba oscuro significaba mucho más de lo que el afortunado daba a entender en tono humilde a sus amigos al día siguiente.

A la gente más formal, a los ancianos, a mi padre por ejemplo, no les gustaba pasear por la calle mayor. Decían que uno se mareaba con tanta gente, y no entendían qué gracia le veíamos los jóvenes a estar allí entre cháchara y codazos. Ellos iban por las avenidas que, desde la plaza della Vasca, haciendo un gran ángulo recto, llevaban a la estación. Había dos bonitas hileras de encinas, y un par de heladerías a medio camino, y varios bancos de piedra. A veces, de pequeño, iba con mi padre por las avenidas: él gesticulaba, caminando en el centro de una línea de amigos, hablando de deporte. Había sido portero de fútbol antes de la Gran Guerra, y se acordaba perfectamente de Tornabuoni, de Hirtzer, de Cevenini. Me cogía una mano y se la metía en el bolsillo del abrigo para que yo no pasara frío, y con la otra describía cómo fue aquel gran tiro de Magnozzi en el partido contra Francia. Yo lo escuchaba

embelesado, porque sabía contar las cosas como nadie, y también sus amigos, Arduino por ejemplo, o Adami, o Bossi, prestaban atención. Nos cruzábamos con profesionales ancianos, con médicos de confianza, como Salvestroni —al que sólo se recurría si era indispensable, y él recetaba remedios sólidos y seguros: una lavativa de manzanilla, un purgante de aceite y dieta, sobre todo dieta—. Nos cruzábamos con maestras ancianas de sombrero negro, y con algún que otro cura.

Los domingos el paseo era más concurrido y boyante que de costumbre: las chicas salían de misa con el traje reluciente y marcando culo, un poco de colorete en la cara y el borde de las enaguas asomando por debajo de la falda. Las señoras se ponían sombrero, algunas incluso velo, e iban con la cabeza bien alta y los labios apretados. Llevaban una vida rectísima, y lanzaban en derredor miradas vigilantes, mientras se agarraban del brazo de su marido, él también vestido de punta en blanco, con el traje gris y la corbata nueva. El marido tenía cara de borrego al que llevan al mercado, cabeza gacha, mirada apagada, paso lento y expresión triste. De vez en cuando, la mujer le susurraba algo con la comisura del labio, y él se ponía recto como una vela, se ajustaba el nudo de la corbata, se subía el puño de la camisa, que osaba salir de la manga un pelín más de la cuenta, o se estiraba una arruga del codo. Las parejas que tenían hijo lo llevaban en el centro, con la camisita de seda blanca ya manchada, un cucurucho en la mano y la mirada perdida en las nubes, con lo que siempre acababa tropezándose con el bordillo de alguna acera.